

18 de junio de 2017

¡Felices los que trabajan por la Paz!

Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo Junio 18 de 2017

Dt 8, 2-3.14b-16a

Salmo 147

1 Cor 10, 16.-17

Jn 6, 51-58

“Ya podemos trabajar la tierra sin miedo, dicen en El Orejón”¹

Así titulaba el periódico El Tiempo la realidad que se está viviendo en esta vereda antioqueña, situada a más de tres horas por trocha de Briceño. De ser una de las veredas con “más minas antipersonales que habitantes” según el jefe negociador del gobierno, Humberto de la Calle, ha pasado, en los dos últimos años, a ser una vereda donde los equipos de desminado han hecho su tarea y junto a esto se ha dado un plan de inversión social que hoy genera esperanza y ganas de vivir. Por una parte, 44 artefactos explosivos destruidos en escasos 18.000 metros y, por otra, proyectos de inversión en la región: Programa de Deporte y convivencia en paz –que permitió a 16 menores viajar a Alemania; construcción de un puente sobre la quebrada Pescado; construcción de una moderna escuela, una biblioteca; programa de huertas familiares; instalación del Kiosco Vive Digital para tener acceso a internet; atención primaria en salud; planta para potabilizar el agua, entre otras inversiones. El Orejón es un proyecto piloto de inversión social en el postconflicto que se puede y se debe replicar en muchas otras partes del país.

Por eso, cada vez tiene más sentido para nosotros las palabras del salmista. Sobre todo en esta festividad del Cuerpo y Sangre del Señor, cuando dice: “ha puesto paz en tus fronteras, te sacia con flor de harina”. Y, justo por eso, es bueno glorificar al Señor. **La paz está llegando, de manera “muy, pero muy lenta” pero va llegando y no podemos detener el paso. Además, como lo sugiere la primera lectura, tenemos que recordar una y otra vez lo que Dios ha hecho con nosotros, en nuestro país, en nuestra historia común. En palabras de Moisés: “Recuerda el camino que el Señor, tu Dios, te ha hecho recorrer estos cuarenta años por el desierto (...) No olvides al Señor que te sacó de Egipto, de la esclavitud, que te hizo recorrer aquel desierto inmenso y terrible, con dragones y alacranes, una sequedad sin una gota de agua, que sacó agua para ti de una roca pedernal, que te alimentó en el desierto con un maná que no conocían tus padres”.**

Por supuesto que el **Señor no nos envió el conflicto, ni nos hizo pasar por el “desierto” de la violencia armada de estos más de 50 años en Colombia. Ha sido la estructura injusta que crearon unos pocos con mucho poder sobre tantas mayorías que han sufrido toda clase de pobrezas.** Y en la búsqueda de soluciones, se escogió la confrontación armada que, como bien sabemos, solo trajo violencia y más violencia. Pero cuando dejamos actuar a Dios y nos reconocimos como hermanos, la sensatez comenzó a ganar fuerza y el diálogo se impuso Y se logró firmar el Acuerdo de Paz. Y ahora está todo por hacer.

¹ Periódico “El Tiempo”, 14 de mayo de 2017



¡Felices los que trabajan por la Paz!

No basta reconocer que las armas no nos llevan a ninguna parte. Hay que transformar la realidad que dio origen al conflicto armado. Y esta tarea sigue siendo un desierto, atravesado de muchos intereses egoístas de lado y lado -“¿dragones y alacranes?”- pero también, de la presencia del Señor que no cesa de invitarnos a la vida y al nuevo comienzo y nos da agua, allí donde solo hay sequedad, y nos da maná, allí donde no hay pan. Y esta tiene que ser nuestra fuerza para el camino de construcción de la paz.

En esta celebración del “Cuerpo y la Sangre de Cristo”, resuena con fuerza el planteamiento de Pablo en la Carta a los Corintios: **comulgamos el Cuerpo y la Sangre de Cristo y el fruto de tal comunión es el ser un solo cuerpo, el vivir como hermanos y hermanas, transformando todo lo que sea contrario a esta fraternidad/sororidad.**

De la misma manera, el Evangelio sigue recordándonos el compromiso que surge del participar del Cuerpo y la Sangre de Cristo. Quien acepta entrar en comunión con Cristo debe primero estar en comunión consigo mismo, con los más próximos y con la humanidad en general. No sólo con los hermanos. También, y de manera imperativa, con los que piensan contrario. Con estos es urgente la reconciliación. Así, comer su carne y beber su sangre es seguir su camino de construcción de paz y justicia, anunciado en el reino. No sólo depende de nosotros. ¡Atención: El Reino es don!, pero sí, porque no puede darse sin nosotros. **El Señor nos regala su cuerpo y su sangre como muestra de su vida encarnada y en Colombia, en este momento histórico, es vida comprometida con la construcción de la paz, vida que no puede renunciar a la esperanza, a volver a trabajar la tierra, “sin miedo”.**

Podemos alegrarnos por la experiencia de la vereda El Orejón. Allí todavía sigue faltando mucho. Y falta en muchas otras partes. Por eso la tarea continúa y necesita de todo nuestro compromiso. No decaigamos en el apoyo a la paz. Los medios de comunicación nos llenan de noticias sobre las dificultades del proceso. Pero esta vez nos han dado una buena. Ojalá se divulgue mucho más para que se fortalezca nuestra esperanza. Que el Cuerpo y la Sangre del Señor que recibimos sea el pan para el camino de la paz y la audacia para superar los obstáculos que nos esperan.

